

# Itinerarios filosófico-matemáticos

Echeverría Ezponda, Javier\*

## 1. Introducción

Entiendo la filosofía en el sentido etimológico del término: como un deseo de saber. En cuanto a las matemáticas, a las que también he dedicado mucho tiempo a lo largo de mi vida, entre los pitagóricos de la Magna Grecia esa palabra significó ‘enseñanza’ desde que Arquitas de Tarento y otros colegas suyos decidieron trasladar al ágora los conocimientos aritméticos geométricos, astronómicos y musicales que aquellas comunidades compartían. Transferir los conocimientos del ámbito privado y comunitario al ámbito público ha sido mi principal vocación, sea en el campo de las matemáticas, de la filosofía o de la gestión universitaria, tarea ésta a la que también he dedicado varios años.

Así pues, no sólo he querido saber. Además, he intentado trasladar lo aprendido a la esfera pública. No me considero ni filósofo ni matemático, pero académicamente he vivido *entre la filosofía y las matemáticas*, sin ser ni lo uno ni lo otro. Para ello he seguido distintas sendas: la cantoriana, la nietzscheana, la bakuninista y la leibniziana, así como la vía institucionalista a partir de los 30 años. Mis itinerarios filosófico-matemáticos han sido varios, no uno solo. Propugno el pluralismo en todos los ámbitos de la vida y del saber, incluidos los asuntos políticos, culturales e identitarios. Aplicándome a mí mismo la concepción pluralista diré que he sido varias personas, no una sola. En la narración que sigue voy a utilizar la primera persona, pero quede claro que este texto lo escribe un sujeto plural. El uso del plural hablando de sí mismo suele ser mayestático. Tanto los antiguos nobles como los actuales, por ejemplo los deportistas famosos y los políticos, suelen hablar en plural de sí mismos. Voluntaria o involuntariamente, al hacerlo dejan claro que son *más que los demás*. Son gente socialmente importante, y lo saben.

No es mi caso. La singularización del verbo tiene el inconveniente de aparentar que uno es uno, lo cual nunca es cierto, pero también la ventaja de que lo que uno dice y escribe lo hace en su propio nombre, y no en nombre de Dios ni de entidad trascendente alguna, como suelen ser los Nosotros. Parafraseando a

---

\*Artículo realizado con motivo del Premio Eusko Ikaskuntza – Laboral Kutxa de Humanidades, Cultura, Artes y Ciencias Sociales 2016.

Ortega y Gasset: yo soy yo y mis circunstancias. Puesto que éstas han sido y son varias, también yo he sido y soy varios. Otro tanto sucede con mis diversos itinerarios vitales, incluidos mis decursos filosófico-matemáticos. En una palabra (que serán cuatro): mi singular es plural.

Otra cautela previa: soy muy escéptico respecto al género autobiográfico. No me parece fiable. Aun así, es una modalidad de escritura.

## 2. Licenciaturas en la Universidad Complutense

Me animé a estudiar filosofía en la Universidad Complutense de Madrid siguiendo la senda de las matemáticas. Hice el Bachillerato Superior de Ciencias en el Colegio del Pilar de Madrid y mi interés por las matemáticas me venía de pequeño. La asignatura de filosofía, en cambio, me resultó bastante ininteligible. En 6º de Bachillerato me aprendí de memoria lo que el profesor decía de Hegel, con el único fin de superar el examen. Sólo comprendí a Hegel diez años después, gracias a la lectura a fondo de las obras de Jean Hyppolite y de Ramón Valls, junto con la *Fenomenología del Espíritu* y la *Ciencia de la Lógica*. Sin embargo, entender su pensamiento no me animó a considerarme hegeliano.

En Preuniversitario nos enseñaron por primera vez algo de Teoría de Conjuntos. La elegancia y la abstracción de dicha teoría me fascinó. Toda la matemática podía fundamentarse en ella. Que las diversas nociones de número pudieran definirse en términos conjuntistas me pareció admirable: una obra de arte intelectual. Fue la primera vez que entendí lo que significa fundamentar el conocimiento, abocándome al estudio de la filosofía. La propia teoría de conjuntos, y en particular los transfinitos de Cantor, planteaban importantes paradojas, según pude enterarme a través de los primeros librillos de filosofía de las matemáticas que leí, guiado por mi propia curiosidad. Por entonces (1965) ya había decidido cursar la carrera de Matemática Pura. Me animé a matricularme también en Filosofía con el fin de afrontar el problema de la fundamentación de las matemáticas. Complementariamente.

Entre 1965 y 1970 cursé ambas carreras a la vez, yendo por la mañana a la Facultad de Matemáticas y por la tarde a la de Filosofía y Letras. Ambas estaban en la Ciudad Universitaria y bastaba con cruzar el Paraninfo para ir de una a otra, entonces no había ningún edificio en medio. En aquella época se podía hacer dos carreras en una misma Universidad. Desde entonces, siempre he sido partidario de las titulaciones mixtas.

Durante aquellos años el movimiento estudiantil antifranquista llegó a su apogeo, sobre todo en 1968 y 1969. Estuve plenamente involucrado en aquella insurgencia estudiantil, pero sin sentirme tentado en ningún momento por inscribirme en algún partido político. Como manifestante y activista estuve cercano a los grupos ácratas madrileños, pero sin ser militante. El oficio de militar no ha sido lo mío, aunque padecí el servicio militar obligatorio en el Arma de Artillería, como nos correspondía a los estudiantes de matemáticas de entonces. Aprendí a dirigir y descargar andanadas con una batería de seis cañones en el campamento del Robledo (Segovia). De allí salíamos de permiso los fines de semana

cantando a voz en grito una canción que no tenía estrofa, sólo estribillo, claro y contundente: “¡no volveremos más!”. De hecho volvíamos el domingo por la noche, esta vez sin cantar, pero nuestro deseo era claro: terminar aquellos dos veranos de campamento militar obligado, en cuya tardes perdidas me dedicaba a leer a Marcuse y a Wilhelm Reich, cosas de la época.

Nunca me gustaron las consignas, las voces de mando ni tampoco los procedimientos de los partidos y sindicatos, entonces clandestinos, para controlar las asambleas y el movimiento estudiantil. Dedicué mucho más tiempo a manifestarme por las calles y plazas que a conspirar en despachos. Prefería correr ante los grises por la Ciudad Universitaria y por Argüelles que escuchar las clases de Muñoz Alonso, González Álvarez, Palacios, Vázquez y el resto de antiguallas mentales que ocupaban, y a veces usurpaban cátedras en la Facultad de Filosofía de la Complutense. Del profesorado de aquel centro universitario sólo me interesaron Saumells y Rábade, sobre todo el primero. Fue un excelente profesor de Filosofía de la Naturaleza, con quien me animé a hacer mi tesis de licenciatura sobre Cantor y “El continuo en Matemáticas” (1971). Fue mi primer trabajo académico serio.

Los estudiantes promovimos la *reforma crítica* de la enseñanza de la Filosofía durante los cursos 68-69 y 69-70. También la de Matemáticas, aunque el movimiento no adquirió tanta fuerza. Dicha reforma consistió en dejar de asistir a clase y organizar nuestros propios seminarios y lecturas conjuntas de obras de filosofía y matemáticas. En la primavera de 1968, junto con Mary Sol de Mora, tuve el honor de impartir las primeras clases de Lógica Matemática en la historia de aquel edificio, de donde se habían tenido que exilar Ortega y Gasset, Gaos, Besteiro y otros muchos pensadores a quienes la Dictadura de Franco les desposeyó de sus cátedras, ganadas por concurso público en la Monarquía de Alfonso XIII o en la Segunda República Española. Por supuesto, entonces estaba a favor de la República, y lo sigo estando. También invitábamos a la Facultad a profesores represaliados por la Dictadura franquista, empezando por Agustín García Calvo, que dio una memorable conferencia en el hall de la Facultad de Filosofía en la primavera de 1968. Fue la época del Sindicato Democrático de Estudiantes, del asesinato policial de Enrique Ruano, del recital masivo de Raimon en la Facultad de Económicas de la Ciudad Universitaria, de los estados de excepción, del cierre de la Universidad Complutense, de la posterior presencia cotidiana de la Policía Armada dentro de las Facultades (para entrar a clase había que enseñar el carnet de estudiante), de los gritos contra Franco y las carreras por los pasillos, de la expulsión simbólica por parte de los estudiantes de varios Catedráticos de Filosofía...

Por lo que a los contenidos respecta, ningún profesor nos introdujo a cuestión alguna de la filosofía contemporánea, salvo Roberto Saumells. Algunos decidimos ser autodidactas y leer obras de filosofía, historia y literatura por nuestra cuenta. Lo peor fue que, primando oficialmente la escolástica en la mayoría de las cátedras, ni siquiera se nos enseñó escolástica. Jamás se nos invitó a leer a Platón, Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás ni a los filósofos medievales en sus propios textos. Todo eran manuales que había que aprenderse de memoria para aprobar, como en sexto de Bachillerato. Únicamente Rábade nos introdujo en la lectura de los clásicos de la filosofía moderna, haciéndonos comentar a Descar-

tes, Locke, Leibniz, Hume y Kant, entre otros. En suma: la licenciatura de Filosofía en la UCM fue un gran fiasco intelectual para mí y para muchos de mis compañeros. No así la vida universitaria, que me permitió disfrutar de cotas de libertad que no había tenido ni en casa ni en el colegio. Decepcionado por la hipocresía del Régimen y de la Iglesia, abandoné prontamente las creencias católicas en las que había sido educado por mi familia y por los Marianistas, primero en el Colegio de Santa María de San Sebastián (1955-1961) y luego en el Colegio del Pilar en Madrid (1961-1965). En 1964 mi compañero de pupitre y querido amigo, Pablo Fernández-Flórez, hijo de un conocido escritor de la época, me hizo la apuesta siguiente: “dentro de 10 años serás ateo”. Antes de 1970 él había cobrado su apuesta, una botella de vino, y yo había pasado a ser otra persona. Las creencias también componen la circunstancia propia.

La Facultad de Matemáticas también me resultó decepcionante, aunque no tanto. Al menos aprendí matemáticas. Conforme a mi interés inicial en Preuniversitario, me interesé ante todo por el álgebra y la teoría de conjuntos. Tras licenciarme en 1970 y ponerme a dar clases en una academia privada para emanciparme de mis padres, fui Profesor de Álgebra Lineal durante dos cursos en la Escuela Superior de Ingenieros de Telecomunicaciones de Madrid (1972-74), gracias a mi amigo matemático Elías Gordillo, con quien había realizado una auténtica hazaña estudiantil: refutar en tercero de carrera la teoría que nos había propuesto el temible catedrático de Geometría, Pedro Abellanas Cebollero, cuyo principal mérito para conseguir la cátedra había sido participar como voluntario en la División Azul, volviendo cojo de las estepas de Rusia. Abellanas imponía en el aula un auténtico régimen de terror. La mayoría de estudiantes de mi curso se habían matriculado en tercero en Matemática Pura, pero la mitad se pasó al poco a Estadística por la conducta autoritaria y despótica de aquel señor. En el Seminario de Geometría nos propuso un invento suyo: las “Categorías de Zassenhaus”. Las definió mediante siete axiomas y nos propuso veintitantas proposiciones para demostrar. Era nuestra tarea para todo el curso y teníamos que inscribirnos voluntariamente y por orden. Fue su única clase en el curso, el resto de los días se dedicó a humillar a quienes salían a la palestra e intentaban demostrar alguno de los teoremas en la pizarra. Era un representante del bourbakismo más feroz; no nos dio información ni referencia alguna sobre la problemática a la que se refería esa nueva estructura matemática. Indignados ante la conducta de Abellanas en las primeras clases, de las que algunas compañeras saliendo llorando por haber fracasado en su intento de demostración y por el trato humillante que recibieron del presunto catedrático, Elías y yo nos empleamos a fondo y decidimos arriesgar al máximo. Nos reservamos la demostración de los dos últimos teoremas, que eran los más difíciles, y dedicamos muchas horas al estudio de la teoría de categorías, que era mucho más abstracta y general que la teoría de conjuntos. A mí me tocó demostrar el penúltimo teorema. Elías, en mi opinión el mejor matemático de nuestra clase, se reservó el último: fue nuestra refutación final. En su demostración, al terminar el curso, Elías Gordillo logró probarle a su propio inventor que las Categorías de Zassenhaus eran completamente irrelevantes matemáticamente, al menos tal y como Abellanas nos las había presentado. Gordillo demostró que eran equivalentes a otra estructura matemática



perfectamente conocida y estudiada. En suma: el invento de Abellanas, que acababa de ser publicado en una revista, según luego nos enteramos, no aportaba nada nuevo y nunca volvió a explicar esas categorías en clase. Ambos tuvimos la máxima nota que puso en ese curso, pero no pasó de un miserable notable. Con personajes así, nuestra decisión estaba tomada: no seríamos miembros de la comunidad de matemáticos españoles, dado que Abellanas y personajes similares tenían un poder casi total en ella. Sin embargo, había algunos catedráticos estimables, por ejemplo Arregui (Álgebra), y sobre todo Dou (Análisis) y Ancochea (Geometría). La asignatura de este último la superé con nota presentando un trabajo sobre el teorema de Gödel. Era uno de los temas que me interesaban desde el principio de la carrera, al ser el gran resultado de la lógica matemática en torno a la fundamentación de la teoría de conjuntos. Con ese trabajo para una asignatura maté mi gusanillo como estudiante de matemáticas. Hice un par de intentos para empezar a preparar una tesis doctoral en Matemáticas sobre el método del *forcing* de Cohen, que ampliaba al problema del continuo el teorema de indecidibilidad de Gödel, pero tanto Dou como Ancochea me dijeron que ellos no se sentían capacitados para dirigir una tesis doctoral sobre esa cuestión, la cual, por otra parte, tendría mala recepción en la Facultad como posible tema de tesis. En suma: tuve claro que ni la lógica matemática ni la fundamentación de las matemáticas eran temas que interesasen a los mandarines de la matemática española en tiempos de Franco. Al final, opté por doctorarme en Filosofía por la Complutense, con una tesis sobre “Las figuras y el lugar en matemáticas” dirigida por Roberto Saumells (1975). En ella analicé las diversas nociones de lugar en matemáticas a lo largo de la historia, terminando con la Topología. Por cierto, y

para ser justo: la Facultad de Matemáticas de la Complutense, y concretamente los profesores Arregui y Outerelo, sí que me aportaron un itinerario intelectual importante: la Topología, que es la senda que he solido practicar cuando he podido hacer matemáticas, al principio sólo desde una aproximación histórica.

La Topología me aportó una reinterpretación conceptual de las nociones de figura, espacio y lugar geométrico, con lo cual completé la fundamentación conjuntista de los diversos tipos de números, que buscaba desde Preuniversitario. Mi tesis doctoral en Filosofía se ocupó de la historia de las nociones de figura y lugar en la historia de las matemáticas y uno de sus capítulos, el tercero, estuvo dedicado a Leibniz y su *Analysis Situs*, cuestión en la que me especialicé años después, ya en Hannover. Junto a la traducción de los *Nuevos Ensayos sobre el Entendimiento Humano*, que inicié en 1974 y publiqué en 1975, en la mítica colección de Clásicos de la Editora Nacional que dirigió Cristina Rodríguez Salmones, esa primera incursión en el pensamiento leibniziano fue determinante para otra de mis rutas filosófico-matemáticas: la que me llevó a París y Hannover, siguiendo la senda de Leibniz.

Antes de pasar a describir esa segunda fase de mi trayectoria intelectual conviene señalar una cuarta actividad que, junto a las matemáticas, la filosofía y la lucha antifranquista, me ocupó muchas horas en aquel período madrileño: el ajedrez. Aprendí mucho de ese juego, sobre todo a perder, y a *perder bien*. Ha sido un aprendizaje fundamental en mi vida, quizás el principal.

La afición me venía de casa, puesto que he jugado a múltiples juegos de mesa con mi hermano mayor, Pello. Desde que conseguí a entenderlo, el ajedrez me fascinó. Cuando llegué a Madrid, a los 12 años de edad, participé con éxito en campeonatos infantiles y juveniles. También de fútbol y pelota a mano, por cierto, ya iba de vasco por Madrid (algo inevitable, con mis apellidos), pero el ajedrez se me daba mejor. Por eso pasé pronto a disputar campeonatos juveniles, tras ser "Campeón de Castilla", como entonces se llamaban los torneos en Madrid. A los dieciocho años pasé a jugar en el primer equipo del Club Ímpetu, con el que disputé campeonatos de España por equipos, y también campeonatos de España individuales. Luego fiché por el Club Chardenet, que dirigía el maestro internacional Román Torán. Llegué a enfrentarme a los mejores jugadores españoles de aquella época y también disputé alguna partida de torneo con algunos grandes maestros internacionales. No hay como encontrarse con alguien mejor que uno para aprender. La clasificación ELO arrancaba entonces, y tras disputar un par de torneos internacionales, empecé a acercarme al nivel de los 2.200 puntos, a partir del cual uno se convertía en un jugador prometedor y podía intentar llegar a tener el título de maestro internacional. Tuve claro que, o me dedicaba por completo a intentar alcanzar la norma de maestro internacional, o bien hacía mi tesis doctoral en Filosofía mientras seguía dando mis clases de matemáticas en la Escuela de Arquitectura y en la Escuela de Telecomunicaciones, de las cuales vivía, conjuntamente con la mínima beca predoctoral que me dieron para preparar mi tesis en Filosofía. Quizás hubiese podido llegar a ser jugador de ajedrez profesional, pero en febrero de 1975 tomé la decisión radical de dejar por completo el tablero, y no sólo la competición. Rompí así con un itinerario intelectual que me había resultado apasionante durante más de una década y que influyó mucho en mi modo de enten-

der el mundo y la vida. Al renunciar a ser ajedrecista profesional y, como prueba de ello, me prohibí a mí mismo tocar un tablero de ajedrez: cosa que he cumplido el resto de mi vida, salvo en tres momentos, muy particulares.

Decidí dejar memoria de aquella renuncia y en verano de 1975, en el Pirineo de Boltaña, empecé a escribir mi primer libro de ensayo. Lo publiqué tres años después (*Sobre el juego*, Madrid, Taurus, 1978), tras un intento frustrado en una editorial ácrata de aquella época, *La Cinta de Möbius*. Luego he reeditado ese libro sin cambio alguno (Barcelona, Destino, 2000). No olvido a aquella persona, la que escribió aquel libro. Ni renuncio a ella. Tampoco renuncio al prólogo ni a la edición que Mary Sol de Mora y yo hicimos por entonces de la Confesión de Bakunin al Zar. Son los dos textos que mejor definen mi itinerario filosófico-matemático en aquella época de juventud, claramente libertaria. Fue también la época del Seminario Nietzsche (con Pablo Fernández-Flórez, Fernando Savater, Mary Sol de Mora, Ángel González, Santiago González Noriega, Juncal Bahillo, Eugenio Trías, Andrés Sánchez Pascual y otras personas), que dio como resultado la obra colectiva *En favor de Nietzsche*. En la Escuela de Caminos del Retiro de Madrid también participé en los seminarios sobre Hegel, Lacan y Borges que impartían profesores expulsados del Departamento de Filosofía de la Autónoma de Madrid, como Fernando Savater, Ángel González, Antonio Escotado y Santiago González Noriega. Mary Sol de Mora, Pablo Fernández-Flórez y Fernando Savater fueron mis principales amigos e interlocutores en aquella etapa, así como Ángel González, María Escribano, Paco Calvo Serraller y Cristina Rodríguez Salmones. Entre todos destacaba Fernando, una persona admirable por muchos conceptos. Siendo muy joven irrumpió con fuerza en el panorama intelectual español, gracias a sus columnas y artículos en la revista *Triunfo* y a sus dos primeros libros, *Nihilismo y acción* y *La filosofía tachada*, cuya publicación celebramos con entusiasmo. Algunos llegamos hasta el punto de participar en un presunto grupo de “neo-nietzscheanos” en los Congresos de Jóvenes Filósofos de Castellón (1974) y Santiago de Compostela (1975), celebrando ante todo la condición dionisiaca del pensamiento de Nietzsche. En Santiago conocí, por cierto, a Víctor Gómez Pin y a Virginia Careaga, con quienes luego he vuelto a coincidir más de una vez en la vida, tanto en Barcelona, en París y en Sevilla como, sobre todo, en San Sebastián. Por lo que respecta al grupo madrileño, cuyo líder fue Fernando Savater, la tertulia dominical en la cafetería Montana de la madrileña Plaza de Colón fue nuestro principal lugar de encuentro como librepensadores iconoclastas. También conocí en aquellos cenáculos madrileños a Javier Muguerza, con quien desde entonces he tenido muy buena relación.

Mary Sol, Pablo y yo nos sentíamos más o menos ácratas, y como tales nos comportábamos. Otro tanto ocurría con amigos de la Facultad de Ciencias, como Pepe Bondía, Carmen Jiménez Iraundegui, Agustín Suárez, Maruja Pérez y Manolo Moldes, con quienes frecuentábamos los barrios de Pez y Malasaña. Activismo incluido, claro. Años después, Pepe Bondía llegó a ser el secretario general de la CNT.

La presentación del libro colectivo *En favor de Nietzsche* en el Instituto Alemán de Madrid, que fue organizada por Ignacio Gómez de Liaño, supuso una bifurcación importante. No sólo porque mi artículo supuso mi primera publicación impresa, sino también porque aquella noche ácratas, marxistas y fascistas estu-

vieron a punto de acabar a bofetadas, todos contra todos. De la mano del cura Aguirre, entonces director de la editorial Taurus, aquel libro colectivo supuso la presentación pública de un grupo de jóvenes pensadores madrileños y catalanes (Eugenio Trías, Ferrán Lobo, Félix de Azúa y Alberto González Troyano, entre estos últimos) que estaban dispuestos a “comerse el mundo”, empezando por rescatar a Nietzsche de su secuestro intelectual nazi y siguiendo por la refundación del pensamiento laico y europeizante en España, como efectivamente hicimos en los años siguientes. Esa ruta quedó explícita en los *Cuadernos de la Gaya Ciencia*, dirigidos por Rosa Regás. Dicha revista duró poco, pero abrió una nueva ruta al librepensamiento español post-franquista, más allá del debate habitual en aquellos tiempos entre marxistas y analíticos.

Muchos de quienes abrimos aquella brecha nos volvimos a encontrar años después en la Facultad de Zorroaga, tras aquellos primeros ensayos en Madrid y Barcelona. Pero en 1974 y 75 ese nuevo itinerario era inimaginable, y todavía menos el papel insólito que a mí me vino a tocar: el de la coordinación institucional. Previamente viví y viajé durante 4-5 años por Europa. Esos recorridos cambiaron radicalmente mi circunstancia, y por tanto mi persona. Entre septiembre de 1975 y noviembre de 1978 viví un exilio breve, pero intenso. Sobre todo porque, antes de partir, me despedí de mis queridos paisajes de la infancia, Donosti y el Bidasoa, dudando de si podría volver, y cuándo. De aquella despedida, solo, conduciendo una furgoneta que luego fue mi casa rodante, conservo un recuerdo nítido. La decisión de emigrar hay que vivirla.

### 3. Formación como investigador en Europa

En febrero de 1975 fui detenido en Madrid por la Brigada Político-social y procesado a raíz manifestaciones que hubo en contra de la pena de muerte impuesta a Salvador Puig Antich, quien fue ejecutado mediante garrote vil el 2 de marzo de ese mismo año. Estuve mes y medio en la cárcel de Carabanchel y, al salir en libertad provisional a finales de abril, y puesto que no me habían quitado el pasaporte, decidí exiliarme antes de que lo hicieran. Mi director de Tesis, Roberto Saumells, me ofreció la posibilidad de conseguir una beca postdoctoral en el extranjero, aun estando procesado. Dada la premura de tiempo, puesto que la solicitud de beca había que presentarla antes del 15 de julio, decidí ir a París, donde Víctor Gómez Pin y Agustín García Calvo consiguieron que el Departamento de Filosofía de la *Université Paris I* me recibiese para hacer un tercer ciclo allí, bajo la dirección de un filósofo de la matemática que era Catedrático en la Sorbona, Jean-Toussaint Desanti. Terminé a toda prisa mi tesis doctoral en la Complutense, cuya lectura tuvo lugar el 10 de julio de ese mismo año, y dos meses y medio después me fui a París para hacer una segunda tesis doctoral en la Sorbona sobre el *Analysis Situs* en Leibniz. Además de inscribirme en los cursos de tercer ciclo en la Sorbona frecuenté al grupo de intelectuales españoles que asistía a las tertulias y seminarios de García Calvo en la *Boule d'Or*, a las que solían asistir Víctor Gómez Pin, Isabelle Orgogozo, Ana Iriarte, Jesús Ferrero, Nando Fernández de Castro, Miguel Artigas y otras personas de la famosa Comuna Zamorana.



Adicionalmente, Gómez Pin y yo llegamos a un acuerdo mutuamente beneficioso: él me enseñaría Platón y Aristóteles en un seminario privado en su estudio del *Quai aux Fleurs*, yo a él álgebra y teoría de conjuntos. En cuanto a los seminarios de Agustín, se celebraban los sábados por la tarde y versaron sobre Parménides y Heráclito, así como sobre el ritmo como fundamento de los números en matemáticas. Mi formación en filosofía antigua se la debo a ambos. Con Víctor compartí otras cosas, desde las catas enológicas en la Feria del Vino de Beaune al interés ontológico por el psicoanálisis. Antonio Pérez y él me mostraron una Venecia insólita y nada turística a finales de 1975. Fue el año de la crisis monetaria en Italia. El metal de las monedas de cien y quinientas liras tenía un precio superior al de su valor como dinero, con la consiguiente acumulación de las pocas monedas que circulaban. Para sustituirlas, los sellos e incluso los *jettoni* telefónicos fueron convertidos en instrumentos provisionales de pago. Fue mi primera experiencia de una crisis económica, luego he vivido otras, como la de Argentina en la época del corralito. Desde entonces he aprendido que los seres humanos tienen una enorme capacidad para innovar y sobrevivir en tiempos de crisis. Actualmente investigo cuestiones así desde Ikerbasque, ahora se llaman “innovaciones sociales”.

Con la beca postdoctoral que el Prof. Saumells me había conseguido en España pude vivir dos años en París, fascinado por la gran efervescencia intelectual, filosófica y matemática que había entonces en la capital francesa. Asistí a sesiones del Seminario Bourbaki en *Ecole Normale Sup*, así como a varias inolvidables clases de Gilles Deleuze en Vincennes. Frecuenté las lecciones magistrales que impartían en la Sorbona algunos excelentes profesores, por ejemplo Yvon Belaval, Jean-Toussaint Desanti y Jean-Michel Serres. También tuve muy buena relación con René Taton, en cuyo *Centre Alexandre Koyré* investigué documentos originales sobre historia de las matemáticas, lo mismo que en la *Bibliothèque Nationale* de la *rue Richelieu*, donde más de una vez tuve a Michel Foucault en el pupitre vecino, sin intercambiar nunca palabra con él. Buena parte del aprendizaje filosófico-matemático surge de la meditación y de la reflexión en silencio, sin perjuicio de que luego confluya en diálogos y debates públicos. Belaval, Desanti y Serres me pusieron en contacto con la tradición académica *sorbonnard*, donde yo preparaba una segunda tesis doctoral, que en principio era de tercer ciclo y al poco se convirtió en una Tesis de Estado sobre la Característica Geométrica de Leibniz. Por mi cuenta, asistí a algunos cursos del *Collège de France* impartidos por Jules Vuillemin y Claude Lévy Strauss, así como a un par de seminarios de Jacques Lacan en la Facultad de Derecho de la *rue Saint Jacques*, donde la teoría psicoanalítica se convertía en un espectáculo intelectual parisino. También seguí cursos de doctorado en la Facultad de Matemáticas de Jussieu, e incluso en la *Université Libre de Bruxelles*, donde hice estudios de historia de la topología durante un año con Alain Guy, viajando para ello en tren de París a Bruselas y vuelta en el mismo día. Como si yo viviese en París y Bruselas ya fuese la capital europea, algo impensable en aquella época. Todavía menos probable era que España fuese miembro de la UE. Franco seguía en el poder, aunque ya muy enfermo, y la Unión Europea ni siquiera se esperaba.

La *Bibliothèque Nationale* de París fue mi sede intelectual principal. Trabajaba allí por la mañana, normalmente hasta las 6 de la tarde. Era un lugar extraordinario para el estudio y la escritura, gracias al silencio y la magnificencia arquitectónica de la Sala de Lectura. Me gustaba más que la biblioteca de la Sorbona, que también utilicé mucho. En esa época me formé como historiador de la matemática, orientado por René Taton en el *Centre Alexandre Koyré*, un lugar pequeño y maravilloso, que entonces estaba situado cerca de la Biblioteca Nacional. Fue mi tercera biblioteca parisina: un jardín del conocimiento, sobre todo si se compara con los libros en la Complutense, que eran guardados celosamente bajo llave por los “cátedros”, con acceso exclusivo a sus fieles y servidores. El Centro Koyré tenía fondos muy valiosos, y a libre consulta. Desde entonces, siempre he estado a favor del *Open Access* al conocimiento, aunque en aquella época esa terminología ni siquiera existía.

En las vacaciones académicas hacía cursos intensivos de alemán (Prien, Bielefeld, Freiburg), pidiendo becas al *Goethe Institut* para ello. En verano de 1976 viajé con mi furgoneta/casa a Hannover, más que nada para curiosear los jardines de Herrenhausen y visitar la Leibniz-Haus. Al enterarse de que yo quería consultar un manuscrito de Leibniz sobre el Cálculo de Situación (*De Calculo Situuum*), el propio director del Leibniz-Archiv, Albert Heinekamp, salió a recibirme. Me llevó a la sala principal del Archivo Leibniz, abrió la caja fuerte y me mostró dos enormes carpetas con manuscritos inéditos sobre el *Analysis Situs*. Mi suerte estaba echada. Había no menos de 300 folios inéditos de Leibniz sobre mi tema de tesis de Tercer Ciclo en París. Cada vez que la ruleta del destino se ha manifestado en mi vida, ésta ha girado, como si soplara el viento de la historia. Tras ese primer viaje a Hannover y tras la reflexión y contactos ulteriores en busca de apoyos, mi itinerario filosófico-matemático experimentó un fuerte giro leibniziano. Decidí transcribir esos documentos, seguí aprendiendo alemán, pedí becas de investigación a la Fundación March y al DAAD alemán, las obtuve, y todo ello me permitió vivir entre Hannover y París, alquilando un pequeño apartamento en Hannover pero manteniendo una *chambre de bonne* en París. A la vista del importante número de manuscritos inéditos de Leibniz que fui transcribiendo en Hannover a partir de 1977, mi tesis de Tercer Ciclo en la Sorbona se convirtió en una tesis de Estado, por decisión de Belaval y Desanti. En su segundo volumen presenté la edición crítica de más de cuarenta manuscritos inéditos de Leibniz, casi todos en latín. En el primer volumen hice un estudio histórico del tema y aporté la interpretación y el análisis de dichos documentos. Algunos años después, parte de ese trabajo fue publicado por la editorial parisina Vrin. La lectura de la tesis tuvo lugar en julio de 1980 y, por lo que a mí respecta, fue memorable. En primer lugar, porque tuvo lugar en uno de los grandes anfiteatros de la Sorbona, con presencia de público de la ciudad, puesto que la lectura de las tesis de Estado se anunciaba en *Le Monde*. En segundo lugar, porque el tribunal fue presidido por Yvon Belaval y estuvo formado por René Taton, Michel Serres, Pierre Costabel y mi director de tesis, Jean-Toussaint Desanti. En tercer lugar, porque la lectura duró cinco horas y los diálogos fueron enriquecedores. No olvidaré la lección magistral sobre la noción de individuo en Leibniz que me dio Belaval durante una hora, para cerrar el acto. Mi tesis en la Complutense me había dejado insatisfecho porque la tuve que terminar a toda prisa, dado que para pedir la beca

postdoctoral había plazos perentorios. En cambio, la Tesis de Estado en la Sorbona fue mi auténtico rito de paso académico. A partir de entonces asumí mentalmente el grado de Doctor y di por terminada mi larga etapa como becario de investigación, casi ocho años. Durante los cuatro años que pasé en París, Bruselas y Hannover me formé como investigador y aprendí a trabajar en archivos y bibliotecas, así como a escribir *papers*. Con ocasión de mis andanzas en furgoneta por Francia, Bélgica, Alemania e Italia me decía a mí mismo que había sido un acierto no intentar quedarme como profesor en la Complutense o en la Politécnica de Madrid, en cuyas Escuelas de Arquitectura y Telecomunicaciones estuve contratado como profesor durante dos cursos. Opté por la aventura de viajar por Europa y vivir la incertidumbre de un destino en el que nada estaba garantizado. Los resultados fueron netamente positivos. El bagaje intelectual, cultural y vivencial que adquirí, me dejó formado como persona, como aprendiz de filósofo y como historiador de la ciencia.

Entre tanto, en España murió Franco y se inició la transición a la democracia. Junto con Mary Sol de Mora, mi esposa entonces, fui juzgado y absuelto por falta de pruebas en el juicio al que nos sometió el Tribunal de Orden Público. La Policía franquista había emitido una orden de caza y captura contra mí, basada en falsas conjeturas. Por cierto, pudieron serme ruinosas, aunque yo ni me enteré entonces. Así culminé mi aprendizaje político-social: curado de espantos, por lo que al Estado Español respecta. Desde entonces he descreído de la mayoría de informes policiales. De niño había jugado mucho a policías y ladrones. Cambiábamos de rol. En noviembre de 1975 comprobé que la realidad de las prácticas policiales tenía mucho que ver con un juego y con la capacidad de inventar relatos, por muy destructivos que pudieran ser para las personas relatadas.

Mi etapa investigadora en Europa terminó a finales de 1978, cuando comenzó a funcionar la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de San Sebastián. De su creación me había enterado por la prensa, el mes de mayo, estando en Hannover. Envié mi currículo y tuve suerte. En agosto de ese mismo año el Decano recién nombrado, Ramón Valls, me citó a una entrevista en Zaragoza para conocerme personalmente. Yo había leído su excelente libro sobre Hegel, *Del yo al nosotros*, de modo que no sólo podría contarle lo que hacía en París y Hannover, también hablé con él de la fenomenología hegeliana. Lo principal, sin embargo, fue mi condición de Doctor, mi doble licenciatura y mi labor investigadora en Francia y Alemania. En octubre de 1978 fui nombrado profesor contratado ayudante de curso de Estadística y Metodología de la Ciencia, lo cual me permitió cargar mi furgoneta "con todo", dejar Hannover e instalarme en San Sebastián, la ciudad donde había vivido de pequeño desde los 3 a los 12 años. Retornaba asimismo a la universidad española tras un periplo de casi cuatro años por Europa. Sobre todo, se iniciaba un nuevo itinerario vital e intelectual para mí. Por diversos azares del destino fui conducido a una caverna que yo nunca había conocido, y mucho menos frecuentado: las instituciones. Como el propio Valls me dijo en mayo de 1979, cuando me ofreció nombrarme Vicedecano de la Facultad: "has dado el salto cualitativo, Javier". Se refería a que acababa de ganar una oposición en Madrid, gracias sobre todo a la suerte. Le sonreí entonces, no creía en ese concepto, tan hegeliano. Pero Ramón tenía razón. A partir de la primavera de 1979 empecé a transmutarme en otra persona, hasta entonces desconocida para mí mismo: un Vicedecano en funciones de Decano.

#### 4. Itinerarios institucionales en el País Vasco

La historia de la Facultad de Zorroaga tiene muchas dimensiones y algunas de ellas son complejas. Para comentarlas mínimamente bien se requeriría recopilar recuerdos y documentos. Lo dejo para otro momento. Por lo que a mí respecta, sólo voy a señalar hasta qué punto aquella nueva circunstancia de la “colina de los locos”, tan atípica, generó en torno a mí otra persona. Tuve que aprender mucho, muy rápido y por necesidad, sobre algo que ignoraba por completo: las instituciones. Si la filosofía y las matemáticas tienen que ver con el conocimiento y el aprendizaje, nunca practiqué tanto ambas artes. Y me inicié en otras.

La Facultad se creó en 1978, abrió la matrícula en septiembre y la demanda fue tal que hubo que retrasar la apertura de curso hasta finales de noviembre, hasta que estuvo preparada un aula lo suficientemente grande como para albergar a las 300 personas que se matricularon en el grupo nocturno. No existía la Universidad del País Vasco, que fue creada en 1979. La Universidad Autónoma de Bilbao, cuyo Rector era Ramón Martín Mateo, no había planificado la apertura de una Facultad de Filosofía y Letras. Esta idea surgió gracias a una demanda social muy intensa tras la muerte de Franco. El País Vasco nunca había tenido ninguna universidad pública, tras el intento fallido en la República Española. La creación de la Facultad de Letras había sido promovida por Manuel Agud, Ignacio Barriola, Koldo Mitxelena y Carlos Santamaría, entre otros, y fue creada por el Gobierno Provisional Vasco, desdoblándose en dos Divisiones, una en Vitoria (Historia, Filología y Geografía) y otra en San Sebastián (Filosofía, Pedagogía y Psicología). La Comisión Gestora del Ayuntamiento de San Sebastián, que estaba presidida por Ramón Jáuregui, aportó el viejo pabellón de la Residencia de Zorroaga, que estaba en unas condiciones infames de mantenimiento. La Diputación de Gipuzkoa, que empezaba a recuperar una cierta autonomía económica, se encargó de proveer las necesidades más urgentes desde su Departamento de Educación y Cultura, dirigido por Ricardo Etxepare. No hay que olvidar que en octubre de 1978 todavía no se había aprobado la Constitución y que el Estatuto de Gernika no existía. La urgencia social existía, pero los marcos legales y presupuestarios eran prácticamente inexistentes. Hubo que improvisar por parte de unos y otros. En el caso del Vicedecanato, había que gestionar la contratación de profesores, elaborar un plan de estudios, habilitar aulas, servicios y bibliotecas y, *last but not the least*, la puesta en marcha de un plan de euskaldunización. La proactividad a favor del *euskara* fue uno de los rasgos característicos de la Facultad de Zorroaga, como solía ser denominada la División de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Facultad de Filosofía y Letras. Baste un botón de muestra: los dos primeros cursos empezaron con cursos intensivos y voluntarios de *euskara* impartidos por alumnos de la misma Facultad. Uno de ellos estuvo a cargo de Belén Altuna Esteibar, con quien me casé en México diez años después. En 1981 se creó un Servicio de *Euskara*, de acuerdo con el Gobierno Provisional Vasco. Lo dirigió Lurdes Auzmendi, con la colaboración de Peio Zabaleta. Además de las traducciones de documentos y la interpretación simultánea en las reuniones del Claustro de Facultad, tuvo a su cargo la puesta en marcha de un plan de traducción de obras clásicas de la historia de la filosofía. Varias de aquellas traducciones iniciales fueron luego

mejoradas, cuando la UPV/EHU creó un Vicerrectorado de Euskara. Para ello hubo que esperar a 1986, y la iniciativa la tomó el equipo rectoral recién elegido a finales del 1985, del que yo formaba parte. Gómez Pin enunció el célebre principio de la igualdad ontológica de las lenguas y, como consecuencia del mismo, quedó claro que en una sociedad con dos lenguas propias había que aprender filosofía en las dos. Siendo el euskara pre-indoeuropeo, surgía además un problema categorial importante: ¿valen los modos (aristotélicos) de decir el ser para las lenguas anteriores al sánscrito? Habíamos descubierto un nuevo modo de hacer filosofía: en *euskara*. Tuvimos claro que había que desarrollarla sin dilación. Lamentablemente para mí, me quedé fuera del plan de euskaldunización del profesorado y del PAS (personal de administración y servicios) que rápidamente se puso en marcha. Para aprender una lengua hay que hacerlo por inmersión. ¡Y bastante inmersión tenía yo en mis funciones administrativas y en mis clases, que eran en castellano!

Mas no voy a adelantar acontecimientos. En octubre de 1975 Valls era el Decano, pero durante ese curso quedó vacante la Cátedra de Historia de la Filosofía de la Universidad de Barcelona, y Ramón la ganó en primavera por concurso de méritos. Entre tanto, ocurrió otro acontecimiento imprevisto: yo superé unas oposiciones en Madrid y salí como Adjunto Numerario de Lógica, sin plaza. Las normativas ministeriales de entonces exigían que los cargos universitarios fuesen ocupados por funcionarios y, aparte de Ramón Valls, el único funcionario *in pectore* que había allí, era yo. Y no se esperaba a nadie más: los concursos de traslado que se convocaron quedaron desiertos. La situación del País Vasco en aquella época daba miedo. El azar (o la necesidad) determinó que en junio de 1979 las diversas autoridades que impulsaban nuestra Facultad decidieran que sería yo quien reemplazaría a Valls como Vicedecano de la División. Esta funcionaba a todos los efectos como una Facultad independiente, puesto que el Decanato de la Facultad de Filosofía y Letras tenía su sede en Vitoria y jamás intervino en los múltiples asuntos urgentes que hubo que solucionar para poner en marcha los sucesivos cursos en Zorroaga. Baste recordar que en 1978 se matricularon 300 personas, en 1979 más de 700, en 1980 unos 1.500, y en 1981 y 1982 el número de alumnos llegó a ser de 2.200 y 3.000, respectivamente. Todo ello en un conjunto de vetustos pabellones llenos de goteras y sin acondicionamiento alguno, que hubo que ir adecentando a toda prisa y mínimamente durante los veranos. No atender a una demanda social tan intensa hubiese generado males mayores.

Vista aquella aventura cuarenta años después, resulta increíble que hubiésemos recorrido conjuntamente un itinerario tan intrincado y complejo, pero así fue. Para ello hubo que concertar múltiples voluntades y superar innumerables dificultades. Al desempeñar el cargo de Vicedecano por nombramiento del Rector en 1979 y buena parte de 1980, fui una de las personas comprometidas con aquel desafío, pero no la única, ni tampoco la más importante. Fue una tarea colectiva, en la que colaboraron las tres Secciones de la Facultad, empezando por Enrique Freijo (Psicología), Feli Etxeberria (Pedagogía) y Mary Sol de Mora (Filosofía). Nuestro reto no era sólo crear una Facultad con tres Secciones, sino contribuir activamente a crear una universidad pública en la Comunidad Autónoma

Vasca, donde sólo habían existido hasta entonces dos universidades confesionales: la de Deusto en Bilbao, con un campus en Donostia, y la Universidad de Navarra en Pamplona, que también tenía un campus en San Sebastián. No tuve ninguna duda de que un reto así merecía la pena y a ello dediqué todas mis energías. Sin olvidar, no obstante, que los fines de semana de los dos primeros cursos los dedicaba a redactar mi tesis de Estado en francés, lo cual supuso un esfuerzo ímprobo. Dicha tesis era la culminación de mi etapa anterior. Cuando la terminé acabé agotado, hasta el punto de ceder el Vicedecanato a Gómez Pin y a Jesús Arpal, los cuales se habían incorporado a la Facultad en el segundo curso, 1979-80. La confianza mutua y las buenas relaciones entre las personas que compusimos ese núcleo original de la Facultad fueron decisivas para que el buque no zozobrase, cosa que estuvo a punto de ocurrir más de una vez. Otro tanto cabe decir del personal de administración y servicios, que al principio estaba formado por sólo dos personas: Isabel García Espeja (Administración) y José Mari Rodríguez (Conserjería). Huelga decir que curso tras curso había que contratar nuevas personas. Tuvimos que aprender a evaluar *curricula*, pero también a contratar y gestionar recursos humanos. Sobre todo quienes teníamos a nuestro cargo la Facultad, por ocupar cargos en ella. En mi caso, todo eso mientras impartía numerosas horas de clase, entre 9 y 15 semanales, dependiendo de los cursos. Si no hubiese sido jugador de ajedrez años antes y no hubiese aprendido a jugar partidas simultáneas no habría sido capaz mentalmente de atender tan diversas tareas y funciones. Eso sin aludir a las relaciones personales, que también fueron muy intensas.

La Facultad de Zorroaga fue un espacio interactivo de aprendizaje. Por eso mismo, resultó ser altamente innovadora. Muchas de sus iniciativas fracasaron, pero otras tantas tuvieron éxito y dejaron huella en la formación de muchas personas como universitarios, precisamente por las condiciones de excepcionalidad circundantes. Tal era la idea inicial, estábamos de acuerdo en ella y a eso nos atuvimos desde el principio: crear una auténtica universidad y, dentro de ella, una buena Facultad, con vínculos internacionales, como corresponde a una institución de educación superior. Para impulsar ese proyecto tuve que aprender cosas insólitas: por ejemplo, a leer y entender el Boletín Oficial del Estado, así como a redactar oficios e informes para las más diversas autoridades e instancias administrativas. Valls me inició algo en ese idiolecto, pero sólo un par de meses, puesto que en septiembre de 1975 se fue a Barcelona. Entre mis colegas en la Facultad, nadie sabía nada de ese tipo de artes. Aprendí por mí mismo, con la ayuda de mi antigua compañera en Madrid, Mary Sol de Mora. Ella también fue Secretaria de la Facultad y más tarde Vicedecana. Otro tanto cabe decir de las tres personas que me acompañaron en 1981 en la candidatura al Decanato: Mikel Villarreal, Luis Lizasoain y Ramón Alzate. Conseguimos crear un Claustro de Facultad, que dio paso luego a una Junta, lo cual permitió que Zorroaga pasase a depender plenamente de la Universidad del País Vasco, gracias al decidido apoyo del nuevo Rector, Goio Monreal. Tuve que frecuentar las Juntas de Gobierno de la Universidad, sin olvidar que la Facultad estaba en los medios de comunicación con mucha frecuencia. En suma: si la filosofía consiste en el deseo de saber, he de decir que nunca he tenido tantas ocasiones de poner a prueba mi afán de conocer y aprender

como en aquella época. Eso sí: no sólo aprendí a enseñar lógica y filosofía de la ciencia, asignaturas que no había impartido nunca, sino que tuve que iniciarme en otras muchas artes universitarias, en particular las de administración y gestión, para las que no contaba con formación previa alguna. Vista la situación *a posteriori*, resulta increíble que, por el hecho de sacar una oposición y ser el único funcionario en un centro universitario, a una persona le caigan encima tantos y tan diversos cometidos. Me sentía como una clave de bóveda: sostenido por muchos, pero teniendo que mantener el equilibrio de las muchas fuerzas que dieron su inmenso dinamismo a la Facultad de Zorroaga.

Menos mal que, progresivamente, otros también fueron aprendiendo y los pioneros obtuvimos ayuda, y posteriormente relevo. Los tres primeros años en la Facultad de Zorroaga supusieron para mí un auténtico *exceso de aprendizaje*. En la Complutense había cursado dos carreras a la vez y pude soportarlo. Creo incluso que aprobé la mayoría de las asignaturas de esta tercera carrea institucional, en algunos casos con nota. La carrera de gestor académico universitario no existe como tal, pero yo la cursé *de facto*. No tengo el título oficial, pero obtuve ese grado, paralelamente al de Doctor de Estado por *l'Université Paris I Panthéon-Sorbonne*, que supuso mi más alta cota académica en la época de mis viajes por Europa, aunque ésta llegó en 1980, estando ya en Donostia. Insisto en que me vi embarcado en la Facultad de Zorroaga gracias a la confluencia de varios azares. Incluso la oposición a Adjunto Numerario de la primavera de 1979 tuvo una indudable componente de suerte. Concluiré pues que mis cambios de itinerario, y como consecuencia de persona y de circunstancia, han estado regidos por factores imprevistos, y en muchos casos imprevisibles. Desde mi perspectiva personal, resulta realmente paradójico que mi situación como Vicedecano y luego Decano de la Facultad de Zorroaga se basara en que allí el único funcionario del Estado Español fuera yo, pese a provenir directamente de los círculos ácratas parisinos, y antes de los madrileños.

En la Facultad de Zorroaga aprendí otro modo de hacer filosofía: creando un ágora. Ayudé a generar instituciones, un arte muy difícil, en el que se contraponen diferentes voluntades. Luego lo he seguido practicando. La Facultad de Zorroaga de los años 80 fue un espacio universitario abierto, plural y heterodoxo, que atrajo a muchos librepensadores ajenos a la academia, o marginados de ella. Disfruté de ese espacio de pensamiento libre y plural, y participé en él, aunque el trabajo institucional y docente fue muy intenso en esta época. Desde 1978 a 1985 mi principal ocupación fue una práctica nueva para mí, la *filosofía institucional*, por así llamarla. También practiqué matemática organizativa. Dicho de otra manera: distribuí juego. Las instituciones tienen su propia topología y sus reglas de juego, que hay que mantener, pero también cambiar, si se quiere evolucionar e innovar. Conocer las preferencias personales y las redes de relaciones, tanto positivas como negativas, resulta indispensable para la gestión. Mi regla básica era muy sencilla: partir del tablero tal y como venía dado y, a continuación, tratar de jugar bien, en cada situación, con cada persona y curso tras curso. Progresivamente, los retos fueron adquiriendo mayor envergadura.

La mayor parte de mi trabajo, que no tenía horario, consistió en generar un espacio público y abierto en Zorroaga, sin perder de vista que también se trataba

de crear y consolidar una Universidad Pública en Euskal Herria. Fue una tarea compleja y delicada, sobre todo en aquellos tiempos, que muchos calificaban de pre-revolucionarios en Euskadi. Al respecto, tuve la ventaja de ser políticamente escéptico. Nunca creí en la presunta revolución vasca, tampoco en la Constitución española. *Chemin faisant*, se trataba de aprovechar esos dinamismos y contradicciones para crear una universidad. Ese objetivo lo tenía claro y, mejor o peor, se ha cumplido. Una Universidad comienza a producir sus efectos sociales en un país varias décadas después. Por tanto, los avatares políticos me resultaban relativamente irrelevantes: *pace* Aristóteles, nunca he pensado que la política sea la ciencia primera en cuestiones de filosofía práctica.

El trabajo fue muy intenso, pero mereció la pena. Inicialmente me tomé mis labores administrativas como un juego, como una sucesión vertiginosa de partidas y tableros a los que había que atender en cada momento, respondiendo en ocasiones a bote pronto, intuitivamente. Luego me fui centrando en determinadas partidas, las más complejas. Ahora pienso que aprendí bastante rápido a practicar el juego universitario institucional, hasta el punto que en 1986 pasé a ser Vicerrector de Investigación de la Universidad del País Vasco. Nunca hubiera pensado que tal cosa fuera a ocurrir, el resultado de las elecciones fue inesperado. De hecho, los perdedores recurrieron el proceso de nombramiento del Rector, y hubo que repetir las elecciones. Junto con dos profesores de Psicología, Arantza Azpiroz y Ramón Alzate, más uno de Pedagogía, Jesús Arzamendi, me embarqué en una candidatura al Rectorado encabezada por un Catedrático de Medicina de origen valenciano, Emilio Barberá. Sorprendentemente ganamos las elecciones, a la primera y a la segunda, en este caso con mayor ventaja. El objetivo inmediato de los cuatro de Zorroaga era que se construyera un nuevo edificio para nuestra Facultad, que ya había superado los 3.000 estudiantes por aquel entonces, gracias sobre todo a la Sección de Psicología. Pero en Zorroaga también se había generado un modo de pensar sobre lo que podía ser una universidad pública. Hubo muchos debates internos al respecto y, por poner un ejemplo, Jacques Derrida vino a darnos un curso de doctorado sobre *El Conflicto de las Facultades* de Kant, al que asistió el entonces Obispo de San Sebastián, Suquía, aunque Zorroaga no era precisamente una parroquia.

Al involucrarse activamente en el gobierno de la universidad, y no sin dimensiones internas, como es lógico, el grupo que lideraba la Facultad contribuyó activamente a la consolidación institucional y al desarrollo de la naciente Universidad del País Vasco, cuyos Estatutos acababan de ser aprobados. Aunque no nos gustaban, había que aceptarlos y desarrollarlos. Por su parte, el Estatuto de Gernika estaba vigente y había sido aprobado por amplísima mayoría de la ciudadanía vasca. Las reglas de juego para la política institucional, aunque fuesen mejorables, estaban dadas. Tenía sentido jugar. Estuve en el Rectorado casi siete años, en los que aprendí muchísimo más, sobre todo política científica.

El objetivo inicial, tener un nuevo edificio, se logró. No sin melancolía, en 1989 bajamos de la colina de Zorroaga a la regata de Ibaeta. La Universidad del País Vasco, con el apoyo del Gobierno Vasco, de la Diputación de Gipuzkoa y del Ayuntamiento de Donostia, diseñó en aquella época el Campus de Ibaeta. Se optó por un campus abierto y dentro de la ciudad, no en las afueras, como algunos pro-



ponían. En el flanco principal del Campus, que da a la Avenida de Tolosa, se construyó un edificio nuevo y moderno para dos Facultades gemelas, la de Psicología y la de Filosofía y Ciencias de la Educación. En cuanto a mis dos Vicerrectorados, en el caso de Investigación se creó el Servicio y se hicieron las convocatorias públicas y abiertas de proyectos de investigación financiados por la propia Universidad, para grupos consolidados y emergentes. Anteriormente el presupuesto se gestionaba entre notables, conforme al criterio del reparto del pastel. En la nueva política de investigación, la evaluación era externa, a cargo de la ANEP, lo cual sorprendió no poco. Crear una agencia fiable de evaluación no se hace en dos días y lo prioritario era abrir la convocatoria a grupos nuevos, liderados por jóvenes investigadores. En cuanto al Vicerrectorado de Relaciones Internacionales, que también dirigí, lo más importante las acciones principales, fueron crear el Servicio y promover los programas Erasmus, que entonces arrancaban en la modalidad ECTS.

En 1992, algunos colegas de la Escuela de Ingenieros Industriales de Bilbao que estaban en el equipo rectoral me animaron incluso a presentarme como candidato a Rector de la UPV/EHU. Me lo pensé, para mí era un itinerario posible, pero les dije que no. Optar al puesto de Rector implicaba entrar a fondo en política, y siempre he descreído de la relevancia real de dicha arte, pese a haber sido tan publicitada por muchos filósofos. Me di por satisfecho con haber aprendido algo durante los años del Rectorado sobre las políticas de I+D: la ciencia y la tecnología sí que cambian el mundo. Me prometí a mí mismo, en mi fuero íntimo, que tomada esa decisión nunca volvería a ocupar un cargo de director en institución política alguna, salvo en instituciones científicas, llegado el caso. A principios de los 80 había sido Vicepresidente de la Sociedad Española de Historia de la Ciencia. En la década de los 90 promoví la creación y fui el primer presidente de la Asociación Vasca de Semiología, por una parte, y de la Sociedad de Lógica, Metodología y Filosofía de la Ciencia en España, por la otra. En el año 2000 colaboré en la refundación de la Sociedad Española Leibniz, que se ocupaba también de la época de Ilustración y del Barroco. He sido Vicepresidente de ella y sigo siendo un socio activo. En suma: a lo largo de mi vida me he involucrado varias veces en la creación y gestión de sociedades científicas, la mayoría de las cuales gozan de buena salud. También he organizado y coorganizado múltiples congresos y simposios. Es otro modo de hacer filosofía, y a veces matemáticas. También de jugar. Sin embargo, el juego filosófico más apasionante es la impartición de cursos de máster y doctorado, y en particular la dirección de tesis de doctorado. En tales circunstancias, que son dialógicas, uno transmite conocimientos prácticos: cómo hacer filosofía, matemáticas o historia de la ciencia. He dirigido veinte tesis doctorales y ahora codirijo tres más. Iniciar a una persona en las artes de la investigación es el modo por excelencia de hacer filosofía y matemáticas a la vez, en el sentido originario de dichos términos, al que ya aludí al principio.

Mi concepción de la filosofía y de la ciencia está profundamente marcada por esa pluralidad de *prácticas* que viví en Madrid, París, Hannover y San Sebastián. Por eso me ocupé desde 1992 de la filosofía de la práctica científica, incluyendo una filosofía experimental, como ya expuse cuando el Gobierno Vasco me concedió el Premio Euskadi de Investigación en Humanidades 1997. Veinte años

después, la concesión del Premio Eusko Ikaskuntza me ha permitido reflexionar de nuevo sobre lo que he hecho, académicamente hablando. Pienso que el deseo de saber tiene múltiples orígenes, por eso la filosofía atraviesa a los seres humanos. Puede surgir de la lectura de los clásicos, pero también de la observación de la naturaleza, de la escritura, del diálogo *inter pares* e incluso de la actividad político-institucional. En este último caso el *deseo de saber* suele volatilizarse rápidamente, devorado por el *deseo de poder*. Por eso hay que saber retirarse del juego del poder, sin perjuicio de que como experimento tenga su interés. Pensaba entonces y sigo pensando ahora que la libertad es condición *sine qua non* de la filosofía, de las matemáticas y del juego. En la Facultad de Zorroaga hubo mucha libertad de pensamiento y fue el espacio interactivo donde aprendí el juego institucional, que es muy trabajoso e ingrato, pero en ocasiones merece la pena.

## 5. Catedrático de Lógica y Filosofía de la Ciencia

De no saber lo que eran el BOE y los oficios administrativos, en 1982 me había convertido en un experto en ese tipo de literatura. Tenía claro que el mantenimiento de aquel espacio de libertad requería el crecimiento y la consolidación de la institución, lo cual pasaba por muchos requisitos, uno de ellos el lenguaje funcional. En mi caso, fueron varios los que en la Facultad de Zorroaga llegaron a ser catedráticos de universidad antes que yo. Se requerían catedráticos, el objetivo de serlo yo no se me planteó siquiera, al menos los primeros años. Pesaban mucho las tristes experiencias que había tenido con dicho tipo de personaje en mis tiempos de estudiante en Madrid. Además, por lo que respecta al poder académico en España, las cosas apenas habían cambiado. Zorroaga era la excepción, no la regla.

Víctor Gómez Pin y yo, con la complicidad y el apoyo del nuevo Rector de la UPV/EHU, Goio Monreal, recurrimos a un expediente poco habitual, pero que el Ministerio de Educación y Ciencia acababa de legislar: proponer directamente al Ministerio el nombramiento de Catedráticos Contratados Extraordinarios, a la vista de que los concursos de traslado a nuestra Facultad quedaban desiertos. Así llegaron a la Facultad personas de gran calidad intelectual y científica, que habían sido excluidos o marginados en la Academia española de entonces. El primero fue Enrique Freijo, quien fue contratado catedrático de Psicología desde el primer curso de la Facultad, por iniciativa del Consejero de Educación del Gobierno Vasco, Carlos Santamaría. Pero la fórmula funcionó plenamente a partir de 1980, y así es como fueron entrando en la Sección de Filosofía personas como Fernando Savater, Miguel Sánchez-Mazas, Julio Caro Baroja, Víctor Sánchez de Zavala y Pierre Aubenque. Otros como Manuel Sacristán y Ulises Moulines también fueron propuestos, pero sus nombramientos no cristalizaron, porque al final no se animaron a venir a San Sebastián. Mencionaré un ejemplo particularmente significativo, por su entronque donostiarra: Xabier Zubiri me dijo en Madrid, en una entrevista personal en 1982 que fue gestionada por Gregorio Marañón y Beltrán de Lis en la Casa de las Siete Chimeneas, que estaba muy honrado con mi invitación a ser el primer Catedrático de Metafísica en la Facultad de San Sebastián, pero que no la

aceptaba, porque se consideraba más un teólogo que un filósofo. Tampoco aceptó que le propusiésemos Doctor Honoris Causa por la naciente Universidad del País Vasco, ya lo era por la Universidad de Deusto. A Javier Sádaba le ofrecimos la Cátedra de Filosofía de la Religión, pero al final prefirió quedarse en la Universidad Autónoma de Madrid, sin perjuicio de que compartió conmigo la docencia de una asignatura durante un trimestre. Otro tanto ocurrió con Javier Ordóñez y Carmen Mataix, que hubieran sido candidatos ideales para enseñar Historia de la Ciencia: colaboraron con Zorroaga durante unos meses, de manera informal, pero al final permanecieron en Madrid, en sus respectivas universidades. En cambio, conseguimos contratar por vías no extraordinarias a personas como Virginia Careaga, Félix de Azúa, Aurelio Arteta, Vicente Molina Foix, Tomás Pollán y Javier Fernández de Castro, recurriendo así a nuestra “cantera” de intelectuales de épocas anteriores. También fichamos a especialistas que procedían del extranjero, como Julián Pacho, Andrés Rivadulla, María Albisu y Teresa del Valle. Además de Teresa y Julio Caro Baroja, para promover los estudios de Antropología Cultural contamos con Joseba Zulaika y con Juan Aranzadi. Incluso intentamos proponer como primeros Doctores Honoris Causa en Filosofía a un matemático, Roger Godement, y a un escritor, Jorge Luis Borges. También incorporamos a filólogos y lingüistas como Manuel Agud y Txillardegui, ideológicamente distantes, pero muy competentes académicamente. Dirijí la tesis de Ibarra y Moreno, aunque eran personas plenamente formadas cuando fueron contratados por la Facultad. Todos ellos ganaron luego sus respectivas oposiciones y fueron ocupando cargos de responsabilidad en la administración universitaria. Por mi parte, a partir de 1990 pude despreocuparme plenamente del desarrollo institucional de la Facultad (que en aquel momento ya eran dos) y me dediqué a la formación de personal investigador. A dicha tarea le he dedicado gran atención en los últimos 25 años, no en vano fui nombrado en 1995 Profesor de Investigación del CSIC, oficio que consiste en enseñar a otras personas a investigar.

Volviendo al desarrollo de la Facultad de Zorroaga, un primer paso importante fue la creación de Departamentos en ella. En esta iniciativa también fuimos pioneros (siempre con el visto bueno de Gregorio Monreal), puesto que todavía no había legislación universitaria al respecto aprobada en el Estado. La necesidad de desarrollo de la institución imponía ese paso, y lo dimos. Los Departamentos recién creados comenzaron a tener un peso cada vez mayor en la elaboración de los planes de estudio, en las contrataciones y en el impulso a las líneas de investigación. Aun así, y refiriéndome únicamente a la Sección de Filosofía y a los primeros años de la Facultad, hay otros dos factores generales a tener en cuenta. En primer lugar, la necesidad docente de contratar profesorado *euskaldun*. Invitamos para ello a personas de mucho prestigio, pero no todos tenían interés por la docencia universitaria. Bernardo Atxaga y Joseba Zulaika, por ejemplo, impartieron unos seminarios en Zorroaga pero optaron libremente por otros rumbos intelectuales. A la postre, optamos por contratar a algunos recién licenciados formados por la propia Facultad, en base a su expediente académico y su grado de involucración institucional. En segundo lugar: en la Universidad del País Vasco de entonces había un rechazo considerable a obtener la condición de funcionario docente en el Estado Español. Antes de hacer oposiciones, muchas personas pre-

firieron esperar al desarrollo de la administración vasca a nivel universitario. Gracias al apoyo del Rector Monreal habíamos abierto una brecha en los rígidos cuerpos de funcionarios del Estado, reincorporando a personas de prestigio, lo que prestigió a la Facultad de Zorroaga. Sin embargo, no todo el mundo estaba por la labor de convertirse en funcionario del Estado. Esa cuestión de fondo, que cristalizó en el movimiento colectivo en pro del contrato laboral, quedó sin resolver, tanto en nuestra Facultad como en el conjunto de la UPV/EHU. Víctor Gómez Pin, Mary Sol de Mora y yo mismo hicimos las oposiciones a Cátedra, lo cual dio cierta estabilidad funcional a la Facultad, aunque fuese precaria. En mi caso, logré ser Catedrático de Lógica y Filosofía de la Ciencia en febrero de 1986, tras un primer intento fallido en 1984. La memoria que presenté al tribunal, cuyo Presidente fue Jesús Mosterín, incluía un trabajo de investigación que, todavía ahora, considero que es la aportación más relevante que he hecho a la historia y la filosofía de las matemáticas, y quizá también a las propias matemáticas. Permanece inédita, porque fue formulada como una línea de investigación a desarrollar con los años. Requería tiempo, dedicación y algunos medios para ser desarrollada. No fue posible ponerla en marcha entonces, puesto que en esas mismas fechas inicié mi período como Vicerrector, que se prolongó más de seis años. En mis dos posteriores estancias de investigación en EEUU (1989-90 y 2008-2009) he intentado retomar aquellas ideas, y en parte lo he logrado, con algún resultado provisional interesante. Para desarrollarlo a fondo, sin embargo, tendría que contar con algún experto en informática o aprender lenguajes de programación, lo cual requiere una inmersión plena, y por tanto tiempo disponible. Pienso recorrer ese itinerario pendiente cuando me jubile, si ello es posible.

Disciplinariamente hablando, a principios de la década de los 80 me había ido orientando hacia la Filosofía de la Ciencia, sin dejar de publicar sobre Leibniz y la Historia de las Matemáticas. En Zorroaga, por necesidades del servicio, fui profesor de Estadística, Metodología de la Ciencia, Lógica, Filosofía del Lenguaje, Historia de la Ciencia y Filosofía de la Ciencia. Algunos de estos cursos los compartí con profesores invitados, que estaban “a prueba”, por así decirlo. Finalmente me centré en la asignatura de Filosofía de la Ciencia, que se impartía en quinto curso, aunque sin dejar nunca de dar clase de Metodología en primero. Siempre me ha gustado ver entrar a los alumnos en la universidad y luego verlos salir en quinto curso, así como recuperar a algunos en maestrías y programas de doctorado. Durante los cinco primeros años de implantación de la Facultad de Zorroaga me dediqué a cubrir huecos en la docencia, a la espera de que viniesen contratadas personas más adecuadas que yo para cada asignatura. También asumí funciones administrativas que no me correspondían, e incluso de servicios. En Zorroaga, el Decano podía convertirse por momentos en conserje y asumir tareas de mantenimiento o seguridad. Los vetustos pabellones estaban completamente desprotegidos. Los riesgos eran reales, muy reales. Las oportunidades también. La necesidad genera innovaciones.

La experiencia de coadyuvar a la creación de una Facultad de Filosofía en un contexto tan conflictivo como el del País Vasco a principios de los 80 ha sido decisiva en mi itinerario profesional. Aparte de vivir la filosofía como práctica y como estilo de vida, aprendí que las instituciones son necesarias para mantener

espacios de pensamiento y libertad, pese a que también puedan dificultar luego el desarrollo de esos mismos espacios, por su condición normativa. Intelectualmente hablando, en la década de los años 80 pasé por el “purgatorio analítico”, como me decía Ferrán Lobo, un biólogo, compañero y amigo muy querido en la Facultad de Zorroaga, que falleció en otoño de 2007. Mi libro *Análisis de la Identidad* refleja bastante bien esa etapa, así como mis publicaciones sobre la concepción estructural en filosofía de la ciencia, con las cuales comencé a ser comentado y recensionado en el ámbito internacional.

Durante esa década de los 80 colaboré activamente con la Sociedad Española de Historia de las Ciencias, presidida entonces por Ernesto García Camarero, y luego por Mariano Hormigón. También iniciamos en San Sebastián la segunda época de la revista *THEORIA*, gracias al entusiasmo y la generosidad de Miguel Sánchez-Mazas, uno de los principales lógicos españoles del siglo XX, que fue Catedrático Extraordinario de *Lógica de las Normas* en Zorroaga y falleció demasiado pronto, por desgracia. El dirigió la revista, yo fui su secretario de redacción hasta su muerte, momento en el que pasé a dirigirla. A finales de los 90 *THEORIA* pasó a estar incluida en los principales repertorios internacionales de revistas indexadas, incluida ISI-Thomson, gracias a la estrategia que diseñamos Andoni Ibarra y yo para lograr dicho objetivo. En esa década impulsé asimismo la creación de la Sociedad de Lógica, Metodología y Filosofía en España, de la que fui el primer Presidente, así como de la Sociedad Vasca de Semiología. También edité un par de números monográficos en revistas del CSIC, *Arbor* e *Isegoría*. He seguido colaborando activamente con ambas revistas, así como con *Argumentos de Razón Técnica*, que fue creada en Sevilla por Ramón Queraltó, siendo la primera revista en lengua española dedicada a los estudios CTS (Ciencia, Tecnología y Sociedad). También he sido miembro del Consejo Científico de varias revistas internacionales, sobre todo en América Latina. En esa década aprendí que la filosofía y la ciencia requieren de sociedades, revistas y editoriales, por mucho que la práctica investigadora sea mucho más amplia y plural que la simple lectura, comentario y escritura.

Sin embargo, la creación de instituciones suscita inexorablemente una lucha por el poder, que tiende luego a convertirse en el juego dominante y puede llegar a arrinconar e incluso desterrar el deseo de saber. Esa ha sido una amarga experiencia, repetida más de una vez. En mi caso, cuando volví a la Facultad de Filosofía tras seis años en el Rectorado, la Facultad que encontré tenía poco que ver con la institución abierta y cooperativa que habíamos creado entre muchos. No sólo porque el edificio ya estaba en el campus de Ibaeta, sino porque, para algunos, hacer filosofía consistía ante todo en una lucha dialéctica por “el poder”, el cual se concretaba al contratar a una persona, al tener un becario más o al conseguir incrementar el número de horas docentes asignadas al departamento propio. El tiempo que muchos profesionales de la filosofía (y de otras disciplinas académicas) dedican a estos menesteres suele ser muy considerable, a veces la mayor parte de la jornada laboral. En las comisiones de gestión que suelen crearse para ello nunca se abordan debates filosóficos, sino cuestiones estrictamente administrativas, procedimentales y económicas. En una palabra: el deseo de saber se había transformado en deseo de poder, y la gestión en burocracia, o al menos

así lo percibí yo al regresar del Rectorado a la Facultad. Me di cuenta de que había llegado el tiempo de cambiar de aires, como antaño en las universidades madrileñas. También influyó la campaña de “socialización del dolor” que por esa época emprendió ETA, con el consiguiente exilio de personas académicamente cualificadas que no eran simpatizantes del abertzalismo. Este tipo de problemas, siendo muy importantes, requerirían un análisis mucho más profundo, razón por la cual no voy a abordarlos aquí.

## **6. Profesor de investigación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas: el Departamento de Ciencia, Tecnología y Sociedad**

En la década de los 90 dejé la Universidad del País Vasco, fundamentalmente porque me sentí decepcionado por la ingratitud de las instituciones respecto a las personas que se habían dejado la piel por ellas. El trato que se dio al exrector Emilio Barberá, con quien fui Vicerrector de Investigación y de Relaciones Internacionales, me pareció deplorable, sin perjuicio de los errores que cometió, y de los que cometimos las personas de su equipo. Primero estuve dos cursos en comisión de servicios en el Instituto de Filosofía del CSIC (1992-94), invitado por su entonces Director, Javier Muguerza. Luego me incorporé a la plantilla del mismo, a invitación del nuevo Director, Reyes Mate, previo concurso de méritos en el BOE en 1995. En realidad, en los doce años y medio que estuve como funcionario de nivel A en el CSIC no cambié mi status funcional. Seguí siendo Catedrático de Universidad (en excedencia en la Universidad del País Vasco), equiparado a todos los niveles a Profesor de Investigación del CSIC. El entonces Presidente del CSIC, José María Mato, impulsó este tipo de vinculaciones entre el CSIC y las Universidades, así como la creación de Centros Mixtos de investigación, iniciativa que en su momento acaricié, pero que no cristalizó.

La tarea que yo tenía que realizar en el Instituto de Filosofía, además de investigar y publicar, consistía en promover una línea de investigación sobre Filosofía de la Ciencia, y en su caso crear un Departamento. Por mi parte junté conceptualmente la filosofía de la ciencia y la de la tecnología, al hablar de tecnociencia. En términos internacionalmente canónicos, me dediqué a promover los estudios de Ciencia, Tecnología y Sociedad (CTS), los cuales se convirtieron en mi nueva circunstancia intelectual y académica. Primero estuve adscrito al Departamento de Filosofía Teórica, dirigido por Concha Roldán y Roberto Aramayo, pero a partir del año 2000 llegué a un acuerdo con la Unidad de Políticas Comparadas, que dirigía Emilio Muñoz, y decidimos crear en el Instituto de Filosofía un Departamento de Ciencia, Tecnología y Sociedad, con la colaboración activa de personas expertas en la materia, como Eulalia Pérez Sedeño, María Jesús Santesmases, Marta González y Ana Romero. Dicho sea de pasada: mi incorporación al IFS llevó aparejadas una serie de acciones afirmativas en pro de la incorporación de mujeres cualificadas a la plantilla del Instituto, como corresponde a la línea CTS, cuya línea CTG (Ciencia, Tecnología y Género) es una de las más importantes. El director de dicho Departamento fue desde el principio Emilio Muñoz, un auténtico ex-

perto en cuestiones de política científica, de quien aprendí mucho. También hay que señalar mi presencia en el Consejo Director de la Fundación Española de Ciencia y Tecnología (FECYT), y ello desde su creación, a invitación de su primer Director, Arturo García Arroyo, a quien no conocía de nada, pero que al dejar ese cargo se integró en el Departamento CTS del Instituto de Filosofía. Hay que resaltar que en dicho Departamento más de la mitad de las personas de su plantilla tenían formación científica, algo que siempre he intentado promover, porque considero muy beneficiosas para ambos las relaciones de colaboración entre filósofos y científicos.

La última década del siglo XX fue una época muy creativa para mí. Después de once años de padecer “institucionitis”, y de soportarla, tenía auténticas ganas de retornar a la investigación y la escritura. Entonces publiqué mi libro *Telépolis* (Destino, 1994), tras un artículo previo con el mismo título dos años antes, así como el ensayo *Cosmopolitas Domésticos* (1995), que obtuvo el Premio Anagrama. Son mis primeras obras sobre filosofía de la tecnología, culminadas luego con *Los Señores del Aire: Telépolis y el Tercer Entorno* (1999), libro al que el Ministerio de Cultura le concedió el Premio Nacional de Ensayo en el año 2000. Entre tanto, el Gobierno Vasco presidido por José Antonio Ardanza me había concedido en 1997 el Premio Euskadi de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, a propuesta de un jurado presidido por Jaakko Hintikka. También guardo buen recuerdo de mi libro *Filosofía de la Ciencia* (Akal, 1995), obra en la que promoví por primera vez un *giro axiológico* en filosofía de la ciencia, línea de trabajo a la que he dedicado ulteriormente varios proyectos de investigación, algunos libros (*Ciencia y valores* 2001, *La revolución tecnocientífica* 2003) y muchos artículos en revistas y libros colectivos.

El origen de mi interés por las tecnologías de la información y la comunicación se remonta al curso 1990-91, cuando hice una estancia investigadora en los EEUU, concretamente en las universidades de Urbana-Champaign (Illinois) y de Evanston (Chicago). En la primera de ellas estuve adscrito al Departamento de Matemáticas, donde tuve ocasión de investigar en cuestiones de Criptología y Teoría de Números, además de conocer los albores del correo electrónico y de asistir a los orígenes de grandes herramientas tecno-matemáticas, como *Mosaic* o *Mathematica*, las cuales fueron presentadas justo en aquellos meses en la *University of Illinois at Urbana-Champaign*. De aquella estancia, relativamente breve, pero intelectualmente intensísima, guardo un recuerdo muy grato. Allí había mucho conocimiento científico y tecnológico, y, yo iba con unas enormes ganas de aprender nuevas cosas. Llegué incluso a intentar programar, en modo autodidacta. Además, durante mi estancia en Illinois hice diversos viajes por EEUU, México y Canadá, firmando convenios de colaboración con diversas universidades, no en vano seguía



siendo Vicerrector de Relaciones Internacionales de la UPV/EHU, tras haber sido relevado en el cargo de Vicerrector de Investigación por Juan Urrutia. Fue una etapa de muchos viajes, en la que conocí varias universidades canadienses y estadounidenses (Toronto, Ottawa, Quebec, Chicago, California, New York, etc.). Tuve ocasión de ver empíricamente lo que luego llamé tecnociencia.

A mi regreso a España en verano de 1991, descartada la tentación de ser Rector e instalado en octubre de 1992 en el Instituto de Filosofía del CSIC, tuve la oportunidad de leer, reflexionar y escribir mucho. Estaba liberado de clases (salvo doctorados: siempre me ha gustado el aula como profesor) por primera vez desde 1978. Como resultado, surgieron publicaciones y a partir del 94 viví mi primera etapa de despliegue como pensador en la esfera pública española e internacional. Publiqué libros que tuvieron éxito, así como artículos en revistas científicas y de divulgación. Di muchas conferencias. Incluso llegué a publicar algo en la prensa y a aparecer en los medios de comunicación, un espacio al que siempre he sido reacio, por razones que he explicado en mis libros.

Sobre todo: aprendí mucho del público que oía mis conferencias, hacía comentarios y ponía objeciones. Ello me permitió acceder a nuevas modalidades del deseo de saber, el cual es inherente a cualquier ser humano, sea universitario o no. En el caso de los profesionales de la filosofía, cosa que no me considero, porque no creo que la filosofía sea una profesión, el deseo de saber suele quedar oscurecido por el deseo de poder, como ya he dicho antes. En otras profesiones también, por cierto. Esa perversión la he vivido normalmente en cabeza ajena, pero también en mis propias carnes, es lo que llamo "institucionitis". Padezco esa dolencia intelectual desde la Facultad de Zorroaga, y a veces rebrota.



Las tentaciones de volver a cargos académicos siguieron existiendo, pero rechacé las sugerencias que algunos compañeros me hacían de presentarme a Director del Instituto de Filosofía del CSIC en 2003. Finalmente di el paso, en octubre de

2007, en estrecha colaboración con Concha Roldán, Roberto Aramayo y Paco Alvarez, un Catedrático de la UNED con quien diseñamos el proyecto de crear un Instituto Mixto CSIC/UNED. Vimos gravemente amenazada la supervivencia del Instituto de Filosofía, que muchos pretendían diluir en una especie de maremagnum denominado Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC, y por eso planteamos esa alternativa inter-institucional. Siempre he estado a favor de los proyectos interdisciplinarios, pero sólo si son voluntarios por parte de las personas y grupos que participan en ellos. De lo contrario suelen fracasar, y es lo que impuso la Presidencia del CSIC. Promover la filosofía pasa a veces por defender y potenciar las instituciones que la impulsan. Es una de las modalidades de la actividad filosófica, no sólo la lectura, la escritura, el diálogo, la docencia, la investigación, la publicación y la difusión social del pensamiento filosófico. A principios del siglo XXI han empezado a soplar malos vientos para la filosofía en



España, y en general para las Humanidades, en gran medida por el auge de un cientifismo reduccionista, monista y excluyente. Siendo mi formación científica y filosófica, nunca he tenido problemas para conjugar las dos culturas en mi actividad intelectual y profesional, a diferencia de muchos colegas filósofos, a quienes el simple enunciado “si  $p$ , entonces  $q$ ”, les pone de los nervios, y más si aparece como fórmula ( $p \rightarrow q$ ), en cuyo caso suelen gritar: *vade retro*.

Por mi parte, he sufrido la reacción inversa: el profundo desprecio de algunos científicos por las humanidades en general, y por la filosofía en particular. No me sorprendió, porque conocía esas tendencias, entonces minoritarias, durante mi época como estudiante en la Facultad de Ciencias. Desde 1980 y hasta comienzos del siglo XXI la ciencia ha cambiado muchísimo, convirtiéndose en su mayor parte en tecnociencia. Las personas que han detentado el poder tecnocientífico han presionado con fuerza para que las humanidades queden reducidas a su mínima expresión, al menos en el ámbito de la investigación. Es lo que ha ocurrido en los últimos años en el CSIC y en las universidades, tanto en España como en otros países desarrollados. Como entiendo que no hay filosofía sin espacios de libre intercambio y generación de conocimiento, asumí de nuevo la dirección de una institución, en este caso para intentar salvaguardar la autonomía de gestión. No fue posible, y eso que el Secretario de Estado de Universidades e Investigación era un destacado filósofo de la ciencia y la tecnología, Miguel Angel Quintanilla. La iniciativa del Instituto Mixto fracasó, y con ello tuve mi tercera gran decepción en cuestiones institucionales. Opté por la tradicional solución filosófica: el exilio. Abandoné el CSIC e incluso pedí la excedencia como funcionario.

Esa decisión estuvo asociada al hecho de cumplir sesenta años y a mi opción por llevar una vida más tranquila, con menos viajes y tensiones. No en vano fui padre en 1996, a los 48 años de edad. Todos los fines de semana tenía que viajar de Madrid a Hondarribia, porque en 1997 Irene, Belén y yo nos instalamos en el Txingudi, y seis años después de nuevo en Donostia, donde hemos desarrollado una vida familiar muy intensa.

En el año 2007 escribí un libro titulado *Ciencia del bien y el mal*, posiblemente mi obra filosófica individual más ambiciosa. Apenas ha habido comentarios a ese libro, salvo alguno mal intencionado. Es lo habitual en la filosofía en España: el silencio. Pero seguro que a esa obra le llegará su tiempo. Como bien sabemos los que hemos investigado a Leibniz, en filosofía a veces hay que esperar siglos para que un pensamiento se despliegue. Pues bien, cabe decir que, intelectualmente hablando, ese libro marcó mi despedida del CSIC. Allí abordo por primera vez en mi vida una filosofía práctica en términos generales, no sólo una filosofía práctica de la ciencia, que es lo que hice allí cuando estuve en comisión de servicios de 1992 a 1994, y cuyo resultado principal fue el libro *Filosofía de la Ciencia* de 1995 y un número monográfico de Isegoría sobre “filosofía de la ciencia como filosofía práctica”. Obsérvese: el título dice *filosofía práctica*, no *ética* ni *moral*. Prefiero hablar de praxiología o, por utilizar un término algo más usual, de axiología. Junto con mi colega y amigo Paco Álvarez, Catedrático de Filosofía de las Ciencias Sociales en la UNED, propugno una teoría de la racionalidad basada en valores, a la que denominamos *racionalidad axiológica acotada*. Es una propuesta de largo aliento y uno de los núcleos de mi libro de 2007, aunque Álvarez y yo también hemos pre-

sentado esa propuesta en el libro *Epistemology and the Social* (2008). Este segundo libro también compendia parte de lo realizado durante mi época en el CSIC, aunque las obras de mayor impacto en ese período fueron *Telépolis* (1994), *Cosmopolitas Domésticos* (Premio Anagrama de Ensayo 1995), *Los Señores del Aire: Telépolis y el Tercer Entorno* (1999), Premio Nacional de Ensayo en el año 2000, *Ciencia y Valores* (2002) y *La Revolución Tecnocientífica* (2003). Mis casi 15 años en el CSIC han sido la época más productiva, en la que había conseguido incluso una cierta influencia en medios intelectuales y sociales más amplios.

## 7. Profesor de Investigación Ikerbasque

Mi despedida del CSIC en 2008 me ha llevado a una circunstancia intelectual e institucional muy distinta y me ha convertido en otra persona jurídica, aunque sólo sea porque a los 60 años dejé de ser funcionario, status que conseguí a los 30. Desde agosto de 2008 a julio de 2009 disfruté de una nueva estancia investigadora de un año en los EEUU, esta vez en el *Center for Basque Studies* de Reno, como *Douglas Distinguished Scholar*, relevando a Bernardo Atxaga. Esa estancia me vino muy bien para actualizar mis lecturas y, sobre todo, para abrir una nueva línea de investigación sobre dos de los principales temas de nuestra época: el conocimiento y la innovación. El resultado principal de mis investigaciones de aquel año, continuadas luego en el Departamento de Sociología 2 de la UPV/EHU, ha sido mi libro reciente, *Innovation and Values: a European Perspective* (2014), en el que doy un paso desde la filosofía de la ciencia y la tecnología hacia una *filosofía de la innovación*. Esta expresión marca mi nuevo itinerario filosófico-matemático. La idea la concebí y la presenté como tal proyecto en 2006 y 2007, con ocasión de las reuniones de la red de Ciencia, Tecnología e Innovación que se creó en el CSIC en 2005, en la cual participé activamente. Llegué incluso a proponer los estudios de innovación como una de las líneas estratégicas para el nuevo Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC, aunque sin éxito. Los dirigentes del CSIC prefirieron priorizar los estudios sobre política científica en el CCHS. Como mi decisión de dedicarme a los estudios de innovación era firme tras mi lectura de Eric von Hippel, decidí cambiar nuevamente de aires, académica y profesionalmente hablando. Durante mi época en el CSIC nunca había dejado de vivir en San Sebastián, con todos los inconvenientes y costes que tantos viajes supusieron. Pero mi tarea en Madrid estaba hecha, puesto que el Departamento de Ciencia, Tecnología y Sociedad iba desarrollándose con éxito. Mi paso por la Dirección del Instituto de Filosofía había sido concebida desde el principio a dos años vista, no más. Asumí el cargo para crear un Instituto Mixto con la UNED y entre Concha Roldán y yo pactamos que, si eso no ocurría, ella, que fue Vicedirectora conmigo, pasaría a ocupar la dirección del IFS. Como así fue. Concha dirige exitosamente el IFS, es la primera mujer en ocupar ese cargo.

Entre tanto, un grupo de colegas de la Universidad del País Vasco (Mari Carmen Gallastegui, Ander Gurrutxaga, Alfonso Unceta, Mikel Villarreal y Andoni Ibarra) creó en 2007 la asociación ASCID para investigar cuestiones interdisciplinarias sobre la sociedad del conocimiento y la innovación, y me invitaron a participar en



ella. Los dos primeros habían sido Vicerrectores conmigo en la época de Emilio Barberá. Habíamos guardado una buena relación personal desde entonces. Tuvi-  
mos algunas reuniones y pensamos en publicar algún libro conjunto. Subyacía la  
idea de crear en el futuro un Instituto de Investigación en Ciencias Sociales, cen-  
trado en la sociedad del conocimiento y la innovación. Pocos meses después el Go-  
bierno Vasco creó Ikerbasque, siguiendo el modelo de ICREA en Cataluña, que yo  
conocía desde su origen: fui miembro de la Comisión que diseñó y realizó la primera  
evaluación de candidatos en ICREA, a invitación de su Director, Salvador Barberá.  
Al poco, Mari Carmen Gallastegui fue nombrada Directora de Ikerbasque. Me en-  
trevisté con ella y le planteé la idea de incorporarme a la nueva institución para im-  
pulsar seriamente los estudios de innovación en Euskadi. A ella le gustó la idea y  
Ander Gurrutxaga también se mostró dispuesto a impulsar esa línea de trabajo en  
el Departamento de Sociología 2. Como resultado de estas conversaciones, en  
junio de 2007 concursé a Ikerbasque, siendo evaluado positivamente pasado el ve-  
rano. Tenía vía abierta para salir del CSIC y sólo quedaba dejar el cargo de Direc-  
tor del Instituto de Filosofía, cosa que hice a finales de enero de 2008, tras obtener  
mi sexto sexenio como investigador del Ministerio. El Presidente del CSIC se había  
opuesto a la creación del Centro Mixto con la UNED y el Instituto de Filosofía pasó  
a integrarse en el Centro de Ciencias Humanas y Sociales, con lo que mi programa  
como Director del Instituto de Filosofía había fracasado.

Desde mi contratación por Ikerbasque he pasado dos evaluaciones tria-  
nuales, ambas con buenos resultados. Puedo afirmar, pues, que a día de hoy  
tengo 6+1 sexenios, aunque el límite máximo del Ministerio sea seis. Dicho crí-  
terio perjudica a la investigación en Humanidades, y más concretamente en Filo-

sofía. Es sabido que la plenitud de la actividad filosófica suele producirse con la madurez de las personas, cosa que es menos frecuente en las ciencias físico-experimentales. Para tener contrato laboral en Ikerbasque tuve que renunciar a mi condición de funcionario. La burocratización del CSIC, como años antes la de la Universidad del País Vasco, me resultaba cada vez menos soportable, y en el recién creado CCHS el burocratismo aumentó exponencialmente. Ikerbasque, en cambio, me ofrecía plena libertad de investigación y flexibilidad en la gestión, puesto que su modelo está basado en la productividad, poniéndose el propio investigador sus propios objetivos, los cuales son evaluados ex ante y ex post. El nuevo director de Ikerbasque en 2009, Fernando Cossío, tuvo el buen criterio de mantener el modelo inicial, e incluso de mejorarlo.

Ante todo, me interesaba la posibilidad de abrir nuevas líneas de investigación. No quise volver a la Facultad de Filosofía ni al Departamento de Lógica y Filosofía de la Ciencia porque me parecía mucho más interesante colaborar activamente con sociólogos como Ander Gurrutxaga y Alfonso Unceta, por mencionar únicamente a los dos líderes del grupo. El primero dirige el grupo de investigación consolidado INNOLAB y el segundo era el Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación. Con ellos he organizado congresos y proyectos de investigación, tanto en el País Vasco como en España, en la Unión Europea y en EEUU. De hecho, al regreso de mi estancia en Reno, Gurrutxaga, Unceta y yo nos fuimos a hablar con el Rector de la UPV/EHU, Iñaki Goirizelaia, y le propusimos dos iniciativas estratégicas para el área de Ciencias Sociales: publicar una colección de libros colectivos en inglés que, editados y difundidos desde Reno por el Center of Basque Studies, presentaran allí las principales líneas de investigación de la UPV/EHU en Ciencias Sociales y Humanidades; y crear un Instituto de Investigación sobre estudios de innovación y sociedad del conocimiento.

El Rector apoyó ambas iniciativas. Las pusimos en marcha. La colección de libros se llamó *Current Research* y ha publicado diez volúmenes colectivos desde 2010. En cuanto al instituto de investigación, primero se pensó en crearlo conjuntamente con la Diputación de Gipuzkoa y la *London School of Economics*. Sin embargo, a la vista de las condiciones leoninas que ponía la LSE, al final surgió dentro del Campus Internacional de Excelencia *Euskampus*, promovido por la UPV/EHU, Tecnalia y el Donostia International Physics Center. El primer período de vigencia de *Euskampus* terminó en 2015, tras cinco años de actividad, con buenos resultados. Nuestro centro de investigación se llamó *Sinnergiak Social Innovation*, está operativo desde 2011 y, dirigido por Alfonso Unceta, ha realizado múltiples actividades, incluida la participación en tres proyectos europeos. Uno de ellos (*Transcreativa*, de ámbito transfronterizo) fue liderado por la propia *Sinnergiak* y se orientó a la investigación de los procesos de innovación en el sector cultural y creativo. Los otros dos proyectos europeos están vigentes a día de hoy y se centran en la innovación social. El segundo, denominado *Social Innovation Community*, aglutina al núcleo duro de los estudios de innovación social en Europa. Nuestra inclusión en ese grupo, con el cometido de proponer indicadores de innovación social, ha sido un éxito considerable, con sólo cuatro años de existencia como instituto de investigación. Por mi parte, la teoría de la medición que implica el uso de indicadores de innovación me interesa mucho, tanto desde el

punto de vista filosófico como matemático. Cabe decir que los sistemas de indicadores aportan una *nueva matemática de las ciencias sociales*, o mejor, una tecno-matemática, razón por la cual pueden ser considerados como una tecnociencia social. Esa es mi propuesta conceptual, en tanto filósofo de las tecnociencias sociales.

Asimismo ha sido importante la creación en 2008 de Jakiunde, la Academia Vasca de Ciencias, Artes y Letras, cuyo primer Presidente fue Pedro Miguel Etxenike. El segundo es Jesús Ugalde, quien me nombró Vicepresidente hace cuatro años, renovando el mandato el pasado mes de noviembre por otros cuatro años. Ello me ha permitido coordinar varias iniciativas de Jakiunde, como Jakitera, Krisiak y, actualmente, Erronkak/Desafíos. La singularidad de una academia así, que integra a representantes cualificados de las ciencias, las artes y las letras, así como la participación activa en Jakiunde de los siete rectores de las universidades ubicadas en Euskal Herria (Deusto, Mondragón, Navarra, País Vasco, Pública de Navarra, UNED y UPPA), me han aportado una nueva plataforma de acción institucional, a la que dedico bastante tiempo, porque la considero muy beneficiosa para el País Vasco y Navarra. Habiendo nacido en Pamplona, y aunque no he trabajado nunca allí, siempre he atendido las invitaciones que me han hecho las instituciones navarras, a veces para participar en instituciones relevantes (Consejo Navarro de Cultura), a veces para promover iniciativas estratégicas, como el PAMFU que diseñé para la UPNA a principios del presente siglo. Jakiunde no sólo me permite actuar interdisciplinariamente, sino también interterritorialmente, sin olvidar las conexiones con la emigración vasca, con la cual me siento particularmente identificado por razones familiares. Mi padre (México) y mi abuelo y bisabuelo paternos (Cuba y Argentina) fueron emigrantes a Latinoamérica. Actualmente, varios de mis itinerarios de acción académica pasan por México, Argentina, Colombia, Uruguay y Santo Domingo. Pretendo ampliarlos en los próximos años. Mi identidad al otro lado del charco está todavía por desarrollarse.

En suma: mi vuelta al País Vasco me ha permitido colaborar en la creación de nuevas instituciones, ahora en los aledaños de la universidad, sin tener que padecer las múltiples trabas burocráticas que existen en las universidades españolas, y todavía más en el CSIC. A mi juicio, la rigidez y lentitud de los procesos administrativos es uno de los grandes problemas estructurales del sistema español de I+D. La Comunidad Autónoma Vasca ha conseguido crear recientemente instituciones más ágiles y creativas, como Ikerbasque, Euskampus y Jakiunde: por eso estoy involucrado activamente en ellas. Considero, pues, que la decisión de volver a Euskadi y dejar de ser funcionario fue, por lo que a mí respecta, un acierto neto. De hecho, mi ritmo de publicaciones, conferencias y congresos, que ya era considerable, ha aumentado en cantidad y en calidad durante estos últimos años. La norma interna de tener que superar las evaluaciones trianuales para que mi contrato como profesor de investigación Ikerbasque se renueve ha sido muy motivadora para mí, máxime porque Ikerbasque valora diferentes facetas de la actividad investigadora, no sólo los *papers*. Todo ello me ha permitido mantener buena parte de los itinerarios investigadores y profesionales anteriores mencionados, además de abrir otros nuevos. Sigo publicando de cuando en cuando sobre historia de las matemáticas, sobre Leibniz, sobre la concepción estructural en filosofía

de la ciencia, sobre axiología de la ciencia, sobre filosofía de la tecnología y, por supuesto, sobre ciencia, tecnología y sociedad. Pero mi línea principal de trabajo se centra en los estudios de innovación, en particular la innovación social, así como en el sector cultural y creativo. Sin olvidar que, azares del destino, desde hace un año me dedico a transcribir manuscritos inéditos de Ortega y Gasset sobre la filosofía de los valores y sobre Leibniz, con lo cual he retornado de alguna manera a mis orígenes como investigador, allí en Hannover y París, donde di salida pública a buena parte de los manuscritos inéditos de Leibniz que me mostró Albert Heinekamp, en un viaje de fortuna.

## 8. Suma y sigue

Para terminar este esbozo autobiográfico, en el que me he abstenido a propósito de comentar aspectos políticos (itodo el mundo habla de eso!), diré que la reciente concesión del Premio *Eusko Ikaskuntza-Laboral Kutxa* a las Humanidades, Cultura, Arte y Ciencias Sociales en 2016 ha reforzado considerablemente mi voluntad de continuar la tarea. En unas declaraciones realizadas este mismo año, Pedro M. Etxenike ha dicho que “para mí, los premios no fueron la cima de mi carrera científica, sino instrumentos para construir”. Este premio, que tuve el honor de recibir el pasado 18 de octubre en un acto presidido por el Lehendakari del Gobierno Vasco, Iñigo Urkullu, y por la Presidenta del Gobierno de Navarra, Uxue Barcos, ha supuesto para mí un refuerzo intelectual y académico. Me siento obligado



a intentar estar a la altura de quienes me precedieron en su obtención, empezando por Julio Caro Baroja. Para ello, habré de proseguir los itinerarios intelectuales que hasta ahora he seguido, sin olvidar que esta vinculación con Eusko Ikaskuntza me anima a abrir nuevas vías de estudio e investigación. En particular, y conforme al acta del Jurado de principios del pasado mes de junio, me he animado a retomar algunas las líneas que en ese documento se destacaban. Si, a juicio del Jurado, con representantes de seis universidades de Euskal Herria, mis publicaciones de finales del siglo XX sobre las tecnociencias de la información y el tercer entorno siguen teniendo sentido, e incluso han mejorado con el paso del tiempo, mi ruta próxima está marcada: ya estoy abordando y desarrollando nuevos conceptos (tecno-personas, tecno-masas, etc.) que suponen una continuación de mis hipótesis del tercer entorno (1999) y de la tecnociencia (2003), así como una actualización de las mismas. Todo ello sin olvidar que en breve publicaré un libro sobre filosofía de la innovación, algún otro sobre manuscritos de Ortega y Leibniz y, *last but not the least*, intentaré dar por fin desarrollo a mi memoria de Cátedra de 1986. Habiendo dejado de ser funcionario en 2008 y estando próxima mi jubilación en Ikerbasque, está llegando por fin el momento en el que espero disponer de tiempo libre para hacer una inmersión profunda en dos espacios lingüísticos en los que empecé a bucear, pero sin llegar al fondo del mar: los lenguajes de programación y el *euskara*.

¿Estarán mis neuronas en condiciones para inmersiones así? No lo sé. Mas ni siquiera descarto volver a jugar al ajedrez. La promesa que me hice a mí mismo hace más de treinta años, no tocar tablero, la he cumplido. Me siento libre para abrir nuevos itinerarios filosófico-matemáticos, pero también lúdicos.